



Hemos vuelto a leer al cabo de tantos años que lo teníamos ya olvidado, el libro de Silvio Pellico, "Mis prisiones". Este libro, en un tiempo famosísimo, en que el desgraciado marite italiano nació con grandísima sencillez: los sufrimientos que padeciera en las mazmorras de Spielberg, bajo el poder del Habsburgo austriaco de entonces, de 1820 a 1830, es uno de los pocos libros de arte y literatura que hallan gracia a los ojos de los jesuitas, ofendidos, por impotencia, de toda verdadera belleza artística. El libro de Silvio Pellico era uno de los que le encantaban en su mocedad al P. Luis Coloma, al que encontraba "sublime" al fuero y superficialísimo marqués de Valdeganara, modelo de la peor retórica española. Es un librito inapreciable, epitome y quintasencia de la más regocijante tontería jesuítica, que es el "Juicio sumario de novelistas según el criterio del P. Pablo Ladrón de Guevara, S. J.", resumido por el P. R. Vilariño, S. J. — ¡otra aguija! — se dice sumariamente de Silvio Pellico: "Buena". Y cuanto que de Cervantes se dice allí que es "serguro y libre en muchos pasajes", aunque "hay ediciones del Quijote purificadas como la de las Abejas". Jenofonte de Efeso — que no sabemos qué Jenofonte sería — es declarado "mato", de Pilpay se dice que es el "extravagante autor del Pantcha-Tantra, novela india" y el pobre Julio Verne, que es de todos el que peor librado sale, se le declara "inofensivo".

Dijose que cuando el emperador de Austria, Francisco de Habsburgo, leyó el libro "Mis prisiones", exclamó: "¡Basta ese jesuita de Pentecostes ha querido tomarse su venganza!" Y la venganza fué de veras terrible. Basta narrar sencillamente, lo más sencillamente posible, la verdad para vengarse de los despotas, y por otra parte no estaba mal lo de llamar jesuita a Pellico. Un hermano suyo perteneció de hecho y de derecho a la Compañía de Jesús. Y acaso lo que más le pudo doler al Habsburgo, jesuítico también, fué que otro de su frasca y cuño le sacara la vergüenza al rostro. Si es que aquel Habsburgo, "pedante gazmoño e inhumano", como le ha llamado Gastano Negri, guiado por el miserable Metternich, tenía vergüenza.

Cuando después de haberte sacado de su mazmorra a Pellico, merced a la altísima clemencia del Emperador, le llevaron con otros indultados a Viena, lleváseles un día a la villa imperial de Schoenbrunn, sin duda para que vieran al magnánimo despota. "Mientras estábamos en las magníficas avenidas de Schoenbrunn — cuenta Silvio — pasó el Emperador, y el comisario nos hizo retirar porque la vista de nuestras escuálidas personas no le entristeciese."

"¡Pasó el Emperador!" Y les retiraron a los indultados por él — a uno de ellos hubo que amputarle una pierna en la mazmorra — para que el buen señor no se entristeciese al ver el estado

a que los había reducido el régimen a que se sometía en Austria a los supuestos reos de Estado, a los patriotas de su verdadera patria. Pero es que si el pedante gazmoño e inhumano Francisco I hubiera visto a sus víctimas, ¿habría dado cuenta de ello? Porque ¿cómo se comoverse y más el sentir remordimientos es cosa intelectual. La dureza de corazón suele provenir de corteidad de inteligencia y no hay tanto que sea bueno. Y los últimos Habsburgos, de Austria, incluyendo a Maximiliano, el que fué ejecutado en virtud de sentencia legal, en Querétaro, y a Francisco José, el mayor responsable acaso de la actual guerra, no se han distinguido por su talento, ni mucho menos. Una especie de cerrazón mental, de miopía intelectual, que a las veces se ha tornado en trágica locura, parece ser el castigo que la Némesis histórica ha hecho caer sobre esa fatídica casta.

Cuenta Silvio Pellico de aquel su carcelero suizo Schiller, un viejo soldado que tenía que ganarse el pan de su vejez ejerciendo tan triste oficio de esclavo, que le dijo un día: "Soy malo, señor; me hicieron prestar un juramento al que no faltaré jamás. Estoy obligado a tratar a todos los prisioneros sin respeto alguno a su condición, sin indulgencia, sin concesión de abusos y tanto más a los prisioneros de Estado. El Emperador sabe lo que hace; yo debo obedecerle."

Estas preciosas palabras del pobre siervo Schiller, el suizo, encierran la quintasencia de lo que algunos llaman el honor militar y otros la lealtad. Esas palabras ponen al descubierto la hedionda llaga moral que produce la incondicional y ciega obediencia de los carceleros, los verdugos, los militares y los jesuitas. "El Emperador sabe lo que hace; yo debo obedecerle". He aquí la fórmula del dogma de la infalibilidad imperial — o regia, — reflejo en lo civil del dogma eclesiástico — no religioso, — de la infalibilidad pontificia. Y mientras ese principio inmoral, inhumano y anti-evangélico de que el soberano sabe lo que hace y al súbdito no le queda sino obedecerle, no sea arrasado de la conciencia de todos los servidores de la patria no podrá haber justicia en el mundo.

Las democracias que luchan hoy contra el imperialismo militarizado pelean por el principio del libre examen civil, y tratan de libertar las conciencias de toda clase de carceleros, verdugos, militares y jesuitas. ¡Pero cuánto cuesta libertar al siervo! Porque es el siervo, cuando de su servidumbre vive, el que se aterra ante la perspectiva de cobrar, con la libertad, responsabilidad y de tener que aprender a oír a su propia conciencia. ¡Es tan cómoda la disciplina!

Es el problema, como se ve, cosa de inteligencia. Trátase de hacer pensar a los que no lo quieren.

MIGUEL DE UNAMUNO

